

ABISINIA — VISTA DE ALITIENA.—Reproducción directa de fotografía

CARTAS DE MISIONEROS

BUTUAN (FILIPINAS)

Entre pueblos salvajes

(Conclusión)

Y ¿cómo se acabó el *diwata*? Serían como las ocho de la mañana, cuando ya rendido de tanto tocar y bailar se dirigió el bailán al lugar donde tenía el cerdo atado, y con paso acompasado empezó á andar enfrente del cerdo, murmurando de cuando en cuando algunas palabras ininteligibles á los circunstantes, y empuñando un *pinutus* dió un golpe á la víctima, hundiendo en seguida uno de los presentes la lanza en el cuerpo del pobre animal, que en un momento limpiaron, asaron y comieron con mucha alegría, acabando tan ridícula farsa cerca al mediodía.

A las dos se reunieron muchos cristianos en mi choza para los bautismos y proclamas. Fuerte hablé contra la dinatería, diciéndoles se hacían esclavos del demonio y enemigos de Dios; que el busao no tiene ningún poder contra de Dios, etc., etc. Después bauticé á doce criaturas hijos de cristianos. La tarde se pasó ocupada buscando niños que bautizar, é instruir á cuatro adultos que deseaban ser cristianos. ¡Qué cambio tan radical se obró en dos jovencitos de trece y catorce años, elegantes y hermosos entre los de su raza! Francisco Javier y Pedro Claver se llaman, y no sabían apartarse de mi lado hechos cristianos; con gozo los contemplaba yo y se me iban los ojos y corazón tras ellos al divisarlos echando piedras con su honda en las nítidas corrientes del Uaua. No tenía tiempo para instruir y ni lugar donde reunir la gente y confesarlos, y así en esta visita, la primera que se hace á aquellos apartados remontados, mi fin era bautizar á los niños de cristianos y casar, dejando para otra ocasión el instruirlos para comulgar. Así que sólo confesé á los casados, que fueron seis parejas, y bauticé á veintidós, entre ellos cuatro

AÑO XVIII.—NÚM. 361

adultos. Nunca me había persuadido de lo que son los salvajes hasta conocerlos ahora en Sibagat, por más que se describa en las cartas su carácter indolente, su egoísta condición, su repugnante figura, llenos de miseria, nada llega á la realidad. Embrutecidos se revolvían en confuso montón delante de mis ojos en una choza cercana multitud de cuerpos desnudos, unos con la cabellera tendida mostrándola á sus esposas para que se la limpiasen é hiciesen el moño, otros jugando con los perritos de caza que son toda su riqueza, aquéllos tocando una guitarra de una sola cuerda, y otros ensayando el arco y la flecha, y así se les pasaban las horas, mientras algunas pobres mujeres con los canastos colgados de la cabeza acarreaban camotes y maíz, que se lo comían, ó mejor devoraban como si fueran bestias.

De pronto se les ocurría visitarme y se entraban en mi choza, y allí les tenía puestos de cucullas esperando les diese algo de comer, si no es que se convidasen ellos mismos cuando comían mis muchachos.

Quise visitar en su casa á Diego Guinsod, capitán en otro tiempo del pueblo de Verdú, y ¿cuál no sería mi sorpresa al encontrarme en medio del bosque con un mozo armado de larga lanza, lleno el cuello de cascabels y adornos, acompañado de una mujer que traía una criaturita en los brazos? «Venimos á bautizar el niño, me dijeron.—Id a la choza, pronto iré.» Y apresuré yo el paso y llegué á los pocos minutos á la *casa-hacienda* de Guinsod. Al divisar tan ridícula habitación, me pareció más bien nido de pájaros que morada de personas. Y ¿cómo subir por aquel tronco ó viga tan empinada que servía de escalera? A lo menos hubiesen puesto una caña por pasamanos donde cogerse. Vengan los equilibristas á Sibagat y harán gimnasia de veras. Trepé con cuidado para no dar un salto mortal, y al asomar mi cabeza á la estancia, salieron á recibirme siete perros, los guardianes de Guinsod, el cual tendido en

15 DE JULIO DE 1910

su petate no se dignó siquiera levantarse á la vista del misionero, á no ser para regalarme un huevo que sacó de debajo de una clueca que lo estaba empollando, para agradecerme una cruz que le había ofrecido.

Le pedí algunas cosas raras que tenía en su vivienda, pero «dili, pare, dili,» y así encomendándole colgase la cruz en medio de la estancia abierta á los cuatro vientos á fin de que Dios le defendiese, me despedí de él, yendo con más tiento en bajar que en subir aquella original casa. Volví á la choza, bauticé al niño y procuré descansar. El día siguiente, dicha la Misa y casadas las parejas, dispuse el regreso para las diez; pero antes de emprender la difícil bajada hube de ofrecer á Dios una pequeña contrariedad. Sabido de todos es cuán peligroso es el río si sorprende la noche en pasos difíciles; por esto determinamos con Blas salir temprano, pero se nos fué el capitán y no regresó hasta las dos de la tarde, á punto que estábamos para partir. A la primera cascada se nos llenó el baroto de agua, y de peligro en peligro de seguro hubiésemos perecido á no habernos guardado San Francisco Javier, patrono de esta empresa. Cuando más descuidados estábamos, tropezamos con un oculto tronco, rompiéndonos los *cates* de la camareta y mojándonos por completo. ¡Susto terrible á los no acostumbrados á tales percances!

Llegamos á Verdú á las ocho, y ni un hombre siquiera pude encontrar para que me ayudase á descargar el baroto. La noche la pasamos como pudimos, y viendo á la mañana siguiente que la gente no se reunía, y los pocos que se confesaron se volvían á sus lejanas sementeras por no poder estar en el pueblo por el hambre, bautizados dos párvulos resolví bajar á la Esperanza.

A las cinco llegué al pueblo y se reunió bastante gente para rezar el Santo Rosario, y más todavía en la Misa del día siguiente domingo, en que se trató de la construcción de la iglesia; después de muchas razones prometieron empezar las obras el 27 de Mayo. Así sea, y con la nueva iglesia se levante también el espíritu de los habitantes de este importante centro. Tres días estuve enseñando la doctrina á los niños, procurando confesar á la mucha gente que lo necesita, hasta que el miércoles á la mañana, hecha la primera Comunión, me dirigí á Remedios. Los ministerios en la Esperanza fueron cincuenta y una confesiones, treinta y dos Comuniones, nueve bautismos y un casamiento.

El pueblo de Remedios ofrecía un aspecto muy distinto que en la anterior visita. ¡Qué transformación tan del cielo! Buena y hermosa casa convertida en capilla, arreglado convento me tenían preparado, y, sobre todo, sus corazones dispuestos á recibir la gracia de Dios. La asistencia fué buena en todos los actos; los butuanos residentes en el pueblo realzaron con su presencia, confesiones y Comuniones, las funciones sagradas, y todos los del pueblo purificaron sus almas en el santo sacramento de la Penitencia; cinco fueron los matrimonios bendecidos y cuarenta las confesiones y Comuniones. En medio de la alegría que experimentaba mi corazón, Dios me preparaba la cruz de un fuerte ataque de bilis y subida calentura que me postró en Remedios. El día siguiente, encontrándome mejor, subí á Milagro, pero recrudeciéndose la fiebre al caer de la tarde y no pudiendo descansar ni un momento, determiné volverme á

Butuan, dejando para ocasión más propicia el visitar los pueblos que me faltaban. Providencia de Dios, pues ahora están levantando las iglesias derruidas, y los muchos adultos que hay que bautizar, teniendo abundancia en los pueblos, en otro tiempo estarán más dispuestos para oír la ley de Jesucristo. Salí de Milagro á las seis del 5 de Marzo, llegando á Butuan á las cinco y media de la tarde.

Ahí tienes, lector, algo de lo mucho que se podría escribir de esta visita, pero esto basta para que se formen idea de lo que es ahora la Misión agusana los que se sientan animados del espíritu apostólico y la santa Obediencia les destine al cultivo de este dilatado campo de la viña del Señor.

MARRUECOS

El Vicario Apostólico de Marruecos en Alcazarquibir

Del último número de *El Eco Franciscano* copiamos la siguiente carta, que demuestra las simpatías que en Marruecos goza todo cuanto es español, y lo fácil que sería nuestro avance y progresos en el vecino imperio si sabían nuestros Gobiernos desarrollar una sabia y enérgica política fecunda en paz y progreso, y prueba también cuán excelentes auxiliares serían para tamaña empresa los misioneros católicos. La carta es del R. P. Fr. José de San Antonio Alvarez, y está fechada en Larache el 24 de Mayo:

EL día 3 del presente mes tuvo lugar en este Vicariato de Marruecos un acontecimiento del que seguramente harás mención en las futuras páginas de la Historia de nuestras Misiones, y cuya relación anticipada será del agrado de los lectores de la Revista de su digna dirección.

Es el caso que en la parte septentrional de Marruecos, y á una distancia de unos 90 kilómetros próximamente de Tánger, y unos 36 de Larache, existe desde muy antiguo una población de poca importancia hoy, pero que lo fué de mucha en otras edades, y se espera con fundamento lo sea de muchísima en el porvenir. Se la conoce con el nombre árabe de *El K-sar-el-quebir*, y el de Alcazarquibir en nuestras Historias y en las de Portugal; y es en ellas famosa por haberse dado en sus cercanías la sangrienta batalla de los tres reyes, que tan cara costó á D. Sebastián y á toda su gente.

En esta población, en medio de unos diez mil moros y dos mil judíos, se encuentra también una pequeña cristiandad católica, formada hoy de solos 36 cristianos, grey bien pequeña, por cierto, pero no por eso menos digna de la solicitud del tierno y vigilante Pastor que la divina Providencia ha puesto al frente de nosotros.

Por esta causa el Ilmo. señor Obispo de Fesseea, después de visitar á los cristianos de Larache, se decidió ir á aquella población para visitar á los que allí estaban, sin reparar en las incomodidades anejas al camino, ni en su salud algo quebrantada; para lo que salió de Larache, acompañado de tres Religiosos, el día 2 por la mañana, con ánimo de llegar á Alcázar el mismo día por la tarde. Además de los Religiosos, acompañaron á Su Ilma. el señor Cónsul español en Larache, D. Juan V. Zugasti, varios cristianos de los más principales, algunos judíos súbditos españoles y no pocos moros protegidos, entre los que fueron además un piquete de la policía española; en fin, una caravana no

pequeña compuesta de todos los elementos de esta población, que quisieron honrar de ese modo al Jefe en este imperio marroquí, de la única religión verdadera.

A nuestra salida de Larache (y digo nuestra, porque yo también fui uno de los acompañantes) se nos dispensó una despedida cordialísima, llenándose el *soco*, que fué nuestro punto convenido de partida, de innumerable gente de todas creencias y condiciones que á porfía besaban el anillo de Su Ilma., nos estrechaban la mano, se descubrían la cabeza ó agitaban los pañuelos, deseándonos todos un feliz viaje... Ninguno nos figurábamos que al llegar á Alcázar se nos hubiese de dispensar recibimiento más solemne. ¡Lástima que no me sea posible darle todos los detalles de él en una simple carta!

Figúrese V. R. que éramos los expedicionarios unos 50, todos á caballo. Al llegar como la mitad del camino, divisamos unos jinetes que á todo galope venían á nuestro encuentro, y resultaron ser un cristiano rico de Alcázar, acompañado de moros también acomodados, los que después de saludarnos con mucha cortesía, se unieron á nosotros y con nosotros se volvieron, aumentando de este modo nuestro grupo. Dos horas antes de llegar á Alcázar, nos encontramos con un verdadero campamento, compuesto de varias tiendas de todas clases y de más de un centenar de personas, la mayor parte moros y judíos, súbditos ó protegidos de España casi todos, quienes, juntamente con la colonia cristiana habían salido á esperarnos en un lugar sumamente frondoso, alegre y pintoresco, llamado Sidi Gued-dar, y en donde nos tenían preparado sitio para el descanso y un convite, que, aunque al estilo moro, recordaba por demás las bodas de Camacho. Allí, después de recibir la *bienvenida* y las *selamas* de todas aquellas gentes, al frente de las cuales estaba el Vicecónsul español de Alcázar, nos detuvimos á descansar como un par de horas, recreándonos con el aspecto de un lugar que parecía un verdadero paraíso, á las orillas del Lucus, y recogiéndonos á la hora de comer en la gran tienda, preparada para los de mayor categoría, mientras los demás lo hacían en otras más modestas, según la distribución verificada de antemano por rangos á manera de ejército bien concertado.

Llegada la hora de partir, se comunicó la orden á toda aquella masa humana, y nada más hermoso que ver todo aquel gran movimiento del levantar las tiendas y demás impedimenta, aparejar caballerías y montar, quedando todo listo en menos de un cuarto de hora, siendo las dos justas de la tarde cuando se rompió marcha hacia la población.

El aspecto que presentaba toda aquella muchedumbre de gentes acompañando á Su Ilma. era imponentísimo. Éramos más 200 los que íbamos con el señor Obispo, y todos en su correspondiente caballería, entre las cuales habían algunas vistosisimamente enjaezadas. Los moros, para dar mayor realce á todo aquel acompañamiento, disparaban alternando sus espingardas, haciéndolo á veces todos á la una, dando á la caravana un aspecto guerrero.

No obstante que caminábamos con el mayor orden, todos pretendían ir lo más próximos posible á Su Ilustrísima, de lo que se seguía que marchábamos bastante

*

apiñados unos con otros, sin que haya habido, sin embargo, que lamentar el menor incidente, ni aún en la peligrosa travesía del *Lucus*, que se llevó á cabo con la mayor felicidad á pesar de la mucha elevación de sus aguas, que daban por el pescuezo á las bestias.—Antes de entrar en la población ya nos estaban esperando otras Autoridades, entre las que sobresalían: una Comisión del Cadi de Alcázar, y los vicecónsules francés é inglés, quienes, después de saludar á Su Ilma., nos acompañaron hasta la ciudad. Hicimos la entrada por Sidi Bu-Ghalef, *cobba* ó especie de ermita, donde se venera un santón llamado Abul-Hasan Ali ben Ilef Bu-Ghalef, natural de Andalucía, y desde poco después de su muerte, que ocurrió en 1172 de nuestra era, patrono principal de la ciudad.

El tránsito por la calle principal nos era del todo imposible, pues además de ser estrecha, según la costumbre del país, se hallaba atestada de gente, lo mismo que las azoteas y las pocas ventanas que se podían divisar. A nuestro paso, lo mismo que si fuera la entrada de un Sultán con toda su corte, moros, y sobre todo judíos, nos daban á grandes gritos la bienvenida y echaban á todo pulmón vivas entusiastas á España, y las mujeres desde las azoteas nos saludaban también con el *hu, hu, hu*, como acostumbran en los grandes acontecimientos. La calle donde estaba la casa para alojar á Su Ilma., á los Religiosos y al señor Cónsul de Larache, se hallaba completamente tapizada con ricas colgaduras árabes y con una gigantesca bandera española que, á manera de zócalo, cubría toda la parte baja de la calle en toda su longitud y era como unos dos metros de alta. Además estaba hermosea la calle con quince arcos de variado ramaje y vistosas flores, entrelazadas con farolillos morunos de muchísimos colores, que habían de encenderse *al Magreb*, ó sea al anochecer, para la iluminación, como se hizo, formando todo un conjunto bellissimo.

Me parece que sería demasiado difuso si pretendiera incluir en esta carta todo lo que no puede dejarse de decir de este suceso, dejándolo así para otro número, en donde, Dios mediante, terminaré.

LA IGLESIA DE DUCK-LAKE (CANADA)

Al transmitirnos la siguiente carta, el venerable Obispo de Príncipe Alberto Ilmo. Sr. Pascal, la recomienda particularmente á la atención y á la caridad de nuestros lectores, y bendice anticipadamente á cuantos socorran al P. Schmid.

CARTA DEL R. P. T. SCHMID, MISIONERO EN SASKATCHEWAN

LA Misión del Sagrado Corazón de María, de Duck-Lake, no ha podido reponerse todavía del terrible desastre que le ocasionaron hace dos años cuantiosas pérdidas. Me refiero al incendio de su iglesia.

Era una de las más hermosas de la provincia. El R. P. Pineau había invertido veinte años en su construcción. ¡Cuántos sacrificios y privaciones se había impuesto para llevar la empresa á feliz término! Año tras año había ido embelleciéndola. Altares, imágenes, candelabros, confesonarios, ornamentos, órgano, campanas, todo había venido sucesivamente á adornar el

templo del Señor, y el buen misionero había llegado ya al término de sus deseos, cuando he aquí que la Providencia, cuyos designios serán siempre insondables, permitió la terrible desgracia que tanto deploramos.

El 6 de Mayo de 1907, un violento incendio destruía por completo, en menos de una hora, la obra de tantos años.

El incendio se declaró en un bosque vecino, y de él se propagó á la comarca entera, destruyendo cuanto hallaba á su paso. La iglesia fué en un instante presa de las llamas. Una humareda espesa y sofocante impidió toda tentativa de salvamento. Varias veces se intentó penetrar en el interior para arrancar algunos despojos á las llamas; todo fué inútil.

El fuego acabó, pues, su obra. Después del desastre, sola, en medio de un montón de ruínas, en pie sobre su pedestal, destacábase majestuosa la imagen de Nuestra Señora de las Gracias, última y radiante visión del pasado. ¡Ojalá sea también la visión consoladora del porvenir!

En la gran desgracia que nos ha sobrevenido, nos vemos precisados á implorar la caridad de las almas generosas.

NOTICIAS VARIAS

Mogador (Marruecos).

Las fiestas del Corpus.—El día de Corpus Christi fué un día de júbilo y de santo regocijo para todos los cristianos de allí, pero en especial para varias familias cuyos hijos, en número de siete (cuatro niñas y tres niños), hicieron la primera Comunión. La fiesta fué solemnisima. Por la tarde, á las cuatro, después del piadoso ejercicio de las flores, se dió principio á la solemne procesión con el Santísimo Sacramento por el claustro de la Misión. Llevaba la custodia el Padre Avelino, y el palio lo sostenían el médico militar español y un teniente de ingenieros (de uniforme los dos), el Canciller del Consulado y D. José Battó, presididos por el señor Cónsul de España, de uniforme, y el de la Gran Bretaña. Abrían la marcha dieciséis niñas vestidas de blanco, que echaban flores al Santísimo; seguían varios caballeros con velas encendidas, y detrás del palio iban muchas señoras, que cerraban la procesión. Plácemes sin cuento merecen los reverendos Padres de la Misión, que tan celosos y entusiastas se muestran por la gloria de Dios y por mantener el culto católico entre aquellos infieles.

Inglaterra.

El rey Eduardo y los católicos.—Los católicos debemos estar agradecidos al rey Eduardo y á su madre la reina Victoria por lo mucho que han contribuido á amansar el fanatismo protestante é inaugurar un régimen de verdadera paz religiosa en sus extensos dominios.

Eduardo VII fué el primer soberano inglés, desde el tiempo de la Reforma, que asistió oficialmente á Misa, no sólo en el extranjero, sino en su propia capital. En 1873, siendo todavía príncipe de Gales, el futuro rey asistió al casamiento, celebrado en una iglesia católica, del príncipe de Lichtenstein con Miss Fox. Se señaló este hecho como un acontecimiento extraordinario.

En Febrero de 1908, ya soberano coronado, Eduardo asistió

en la iglesia de Saint-James á un servicio fúnebre celebrado por el descanso del alma del rey Carlos I de Portugal. La prensa protestante puso el grito en el cielo ante aquel acto de «idolatría», pero el rey no les hizo caso.

Eduardo contaba entre sus amigos á Mons. Helmer, abad del monasterio de Tepl, cerca de Marienbad, en Bohemia, adonde el rey iba todos los años á tomar las aguas. En el mes de Agosto pasado, el monarca inglés asistió á la Misa y *Te Deum* cantado en una iglesia católica de Marienbad, con ocasión del aniversario del nacimiento del emperador Francisco José de Austria. El rey aceptó la invitación de almorzar en el monasterio, y confirió al abad el gran cordón del Orden Victoriano.

Una tradición inglesa quería que las princesas reales se casasen sólo con príncipes protestantes. Eduardo quebrantó esta costumbre; en 1893 dió su consentimiento al casamiento de la princesa María, hija del duque de Edimburgo, con el príncipe Ferdinando de Bulgaria, de la línea católica de los Hohenzollern. Por fin, favoreció cuanto pudo, y á pesar de los aullidos de los puritanos, la unión de la princesa Ena de Battenberg con el rey de España, Alfonso XIII.

Eduardo visitó á Pío IX en 1859; á León XIII le hizo tres visitas como príncipe de Gales y una como rey de Inglaterra, el 27 de Abril de 1903. Intervino cerca del Gobierno italiano en favor de los Religiosos irlandeses establecidos en Roma; confirió condecoraciones y altos puestos á los católicos; visitó á menudo hospitales, conventos y santuarios católicos, especialmente el de Lourdes.

Era gran amigo del P. Bernardo Vaughan, de la Compañía de Jesús, el más elocuente predicador de la Inglaterra contemporánea. Varias veces fué á oírle predicar, como por ejemplo en Cannes en 1898.

Poco tiempo después de su advenimiento al trono de Inglaterra, Eduardo, durante un viaje en Irlanda, fué á saludar al Episcopado católico reunido en el Seminario de Maynooth. Antes de retirarse fué invitado á firmar su nombre en el registro de los visitantes. Sacó entonces el rey una hermosa pluma, y volviéndose hacia la asamblea de los Obispos les dijo: «Esta pluma perteneció al Papa León XIII, el cual la regaló á mi amigo el P. Bernardo Vaughan, quien tuvo la bondad de enviármela como recuerdo de Su Santidad.»

Varias veces durante su reinado los puestos de ministros fueron desempeñados por católicos. En el Parlamento hay nueve diputados católicos, sin contar los irlandeses, y todos saben que Sir John Knill, el actual Alcalde mayor de Londres, es un católico práctico.

Alemania.

Regalo imperial.—El 17 de Mayo el príncipe von Fürstenberg entregó en nombre del emperador de Alemania una cruz de bronce de cuatro metros de alto (unos 15 pies) á la Abadía de Beuron. El Abad, Ildefonso Schober, bendijo en seguida el regalo imperial y lo colocó á la entrada de la iglesia. El crucifijo venía acompañado de la siguiente notable carta: «Reverendísimo Archi-Abad: Queriendo dar una nueva prueba de mi estima y benevolencia á su persona y á la Congregación Benedictina, regalo á la Abadía de Beuron una obra de arte en bronce, el Cristo en la cruz. Encargo la remisión del presente al Príncipe von Fürstenberg, mi gran mariscal de Corte. Creo darles un gusto especial ofreciéndoles la imagen del Cristo, hacia el cual se vuelven con veneración católicos y protestantes, como á fuente de bendiciones sin fin para todo el género humano. Haga esta cruz la felicidad de

su Abadía y de todos los fieles que humildemente doblan la rodilla delante del Cristo que les imparte desde el cielo fuerza y consuelo. Quedo, Guillermo, emperador y rey.»

Africa.

Alemanes y portugueses en Cuanhama.—La prensa nos ha traído alarmantes noticias referentes al Sur de Angola, y de ellas se ocupó ligeramente el Parlamento, sin que ante el público se reflejase bien la importancia de esta cuestión. Hagamos un poco de historia para mayor claridad en el asunto.

Confina nuestra colonia de Angola por el Sur con el Sudoeste alemán, y esas relaciones de vecindad no siempre han sido corteses. Así, hace unos seis ó siete años que un destacamento alemán, armado, equipado y con bandera desplegada, entró en la región de Cuanhama. El Sur de Angola estaba completamente abandonado y desocupado: apenas la Misión de los Padres del Espíritu Santo era quien garantizaba allí el prestigio y soberanía de la metrópoli. Al encuentro de los temerarios invasores dirigióse el Superior de la Misión, P. Lecompte, empuñando la bandera nacional, y gracias á su ardiente y patriótica protesta, el destacamento se retiró, alegando su ignorancia sobre la línea que divide la frontera.

Hízose oportunamente la delimitación oficial, señalándose á la provincia de Angola una frontera determinada por el curso de los ríos Cunene y Cubango y por una línea tirada entre estos dos ríos en la latitud de los rápidos de Catina. No cesaron por esto los alemanes de hacer incursiones en nuestro territorio, valiéndose del abandono en que estaba; y no pudiendo enviar ya destacamentos militares, después de la demarcación oficial, enviaron una Misión protestante, que se estableció junto al jefe de Cuanhama y tuvo consecuencias funestas para nuestra soberanía.

Avisado más de una vez por nuestros misioneros, no ignoraba el Gobierno estos manejos, y para poner fin á ellos se resolvió en 1904 á ocupar militarmente el Cuanhama y el Cuamato, para lo cual envió allí una expedición con el fin de construir algunos fuertes que asegurasen nuestra soberanía. Ya se sabe cómo fué recibida esta expedición. Todos los pueblos salvajes de Cuamato, los más aguerridos del Sur de Angola, levantáronse en armas y nos armaron la triste emboscada del 24 de Septiembre, en que las armas portuguesas sufrieron la trágica derrota del Cunene, perdiéndose vidas muy preciosas. Después de tres años de indecisión enviamos al Sur de la provincia una expedición que consiguió batir á los revoltosos y vengarnos de los desastres sufridos. Dejó esta expedición en el campo de batalla dos ó tres fuertes con una insignificante guarnición; y el Gobierno que debía inmediatamente multiplicar allí los medios de ocupación, creando nuevas Misiones, favoreciendo la introducción de núcleos europeos, completando la red de fuertes por medio de una línea de penetración que diese todas las posibles garantías al tráfico naciente, no pensó más en el asunto, habiendo sacrificado muchas vidas y algunos millares de contos de reis á la obra improductiva de un esfuerzo platónico.

Ahora se ha dado un caso grave que no se hubiera dado sin el abandono de una región que, repetimos, nos costó muchas vidas y muchos millares de contos.

Un oficial alemán, el teniente Franche, recorrió últimamente la región llamada del Ovampo, consiguiendo de varios jefes actos de vasallaje, y recogiendo también de Nande, actual jefe de Cuanhama, la declaración de que aquellas tierras se colocaban bajo el protectorado de Alemania.

Desde hace mucho tiempo que esta nación mantiene pre-

tensiones sobre la región de Cuanhama. El difunto jefe Yalu fué obsequiado por los alemanes con muchos presentes; detrás de los regalos venía siempre la tentativa de realizar actos de soberanía. Para ese mismo efecto se estableció la Misión protestante junto al jefe Nande, la cual fomenta entre los habitantes el espíritu de hostilidad á los portugueses, hasta el punto de anunciarse ya una próxima insurrección contra los blancos.

Todo esto sucede porque después de las expediciones militares que allí enviamos, no supimos ocupar aquella región, tan abandonada hoy como en 1904. Lo que ha detenido hasta ahora las audacias de los alemanes es su campaña contra los hereros, que les absorbió toda su atención y recursos. Terminada la campaña, prepáranse á proseguir en su objetivo de ensanchar los límites de su colonia, apoderándose de aquello que nosotros tenemos abandonado. Y no nos espante que en breve surjan allí nuevas sorpresas, gracias á nuestra perfecta incapacidad colonial.

G. S.

De «Portugal em Africa», importante Revista de Lisboa, cuyo actual Director es el dignísimo Jefe de Obras Públicas de Santo Tomé y Príncipe.

Observación atmosférica.—Una expedición encabezada por Beson y Elías, y enviada por el Observatorio Real de Lindenberg, acaba de publicar los resultados de una notable serie de sondeos de las capas superiores de la atmósfera, ejecutados en Shirati, cerca del lago Victoria Nyanza. A una altura de 19,300 metros, esto es cerca de 12 millas, el termómetro marcó 84 grados bajo cero centígrado ó 119 grados bajo cero Fahrenheit. Encima de esta región del frío extremo se extiende una capa de atmósfera de una temperatura más elevada.

Estados Unidos.

Solemne inauguración de un convento.—El 12 de Junio varios millares de católicos de Chicago y de las cercanías asistieron á la procesión y á las ceremonias de la bendición de un nuevo convento de los Padres Pasionistas, en Norwood Park. Monseñor Quigley y cerca de cincuenta sacerdotes estuvieron presentes.

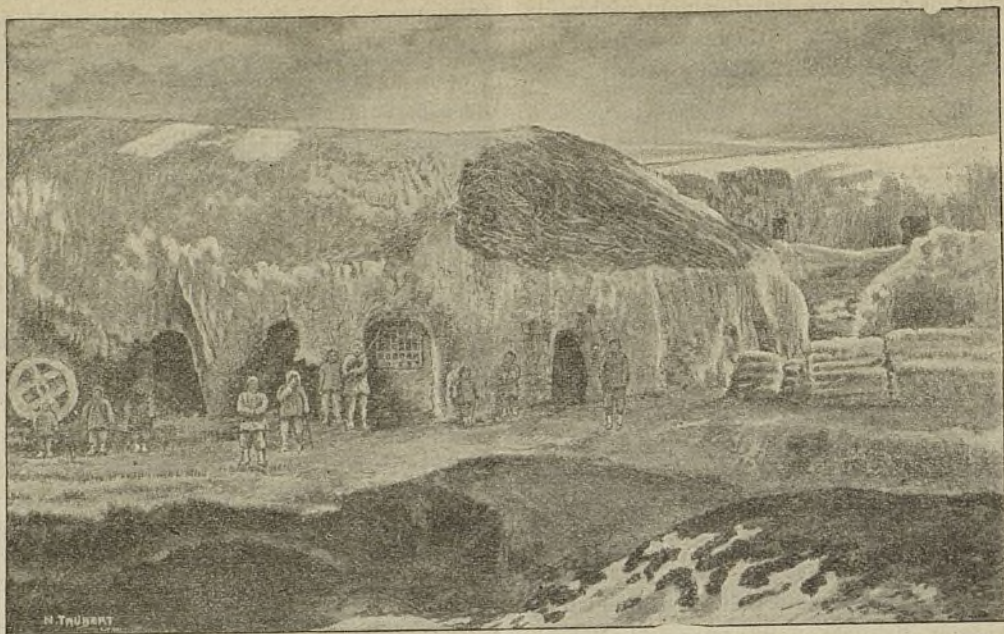
Religiosa condecorada.—Una junta de los veteranos de la Guerra civil, ó sea Grande ejército de la República, presentó una condecoración á la Hermana Anastasia Quinn, que sirvió como enfermera en aquella guerra. Esta Religiosa reside ahora en Mount St. Agnes College, Baltimore.

Nueva Universidad católica.—La Universidad de Loyola, que los Padres Jesuitas han empezado en Chicago, ha recibido últimamente donaciones por valor de 195,000 dollars: de esta suma, 135,000 dollars fueron dados por Mrs. Henri F. De Joughe, de Chicago, y 60,000 dollars fueron asegurados por los miembros del Departamento de Medicina de la Universidad.

Acto de justicia.—El Colegio de San José, de Manila, ha sido devuelto á los Jesuitas.

Argentina.

Misión franciscana.—En el año de 1900 el Gobierno de Argentina dió á los Padres Franciscanos un territorio de 200,000 acres de terreno baldío, con la condición que estableciesen en él 250 familias indias para educarlas en el Cristianismo y la civilización. Cada familia tiene derecho desde el



KAN-SOU SEPTENTRIONAL (CHINA).—CAVERNAS DE LOS CRISTIANOS.—Reproducción directa de fotografía.

principio á 250 acres. Para cubrir las primeras expensas, el Gobierno argentino votó la suma de 20,000 pesos. Esta nueva Reducción empezó con 10 familias, y ahora ya cuenta 156. Los blancos están severamente excluidos, y la venta de bebidas alcohólicas prohibida. La Misión prospera, y los primeros esfuerzos de los Padres han sido coronados con feliz éxito.

Colombia.

Estado que se consagra al Sagrado Corazón.—Por voto de las Autoridades civiles, el Estado de Nariño ha sido consagrado solemnemente al Sagrado Corazón de Jesús; la ceremonia tuvo lugar en Pasto, capital del Estado. En memoria de esta consagración se ha decidido levantar un monumento costeado por el Estado.

China.

Tercer Centenario del P. Ricci.—Hace poco se celebró el tercer Centenario de la muerte del P. Mateo Ricci, de la Compañía de Jesús, uno de los más famosos misioneros del imperio de China. Sus profundos conocimientos de la literatura china y de las matemáticas le merecieron el sobrenombre de segundo Confucio.

Trapenses chinos.—En Yang-kiaping, Che-li, hay ahora 65 trapenses chinos, 17 de los cuales son sacerdotes.

Manila (Filipinas).

Nuevo templo.—Con motivo de la inauguración de la nueva iglesia de Nuestra Señora de Lourdes, de los Padres Capuchinos, tuvieron lugar en Manila desde el 25 de Febrero al 6 de Marzo del corriente año solemnes fiestas.

Es hermoso edificio moderno de acero y cemento. La estructura, aunque ligera en apariencia, es muy sólida; el estilo de su arquitectura es del período anterior al Renacimiento, con algunos detalles románicos en la fachada y en las torres. La puerta principal es de hermoso trabajo, construida de molave y esculpida con gran maestría, hallándose labradas en bajo relieve y artísticamente hechas las figuras de San Buenaventura, San Antonio, Nuestra Señora de Lourdes, San Francisco y Duns Escoto.

La parte principal de la construcción es una cúpula de ce-

mento armado, que se eleva en el crucero de la iglesia. Se halla sostenida por pilares de acero y lleva esculpidos y pintados bajo relieves de los Evangelistas San Lucas, San Juan, San Marcos y San Mateo. De dicha cúpula arrancan dos naves transversales y dos longitudinales, sosteniéndose las primeras sobre los muros de la antigua iglesia y con la adición de dobles arcadas de cemento armado. El cielo raso de las bóvedas consiste en planchas de acero estampado. De los muros del edificio antiguo parten dos galerías superiores cerradas por elegantes balaustradas. En las dos naves transversales hay dos altares, uno del Sagrado Corazón de Jesús y otro de San Francisco de Asís. El altar mayor tiene en su centro la imagen de la Virgen de Lourdes y dos imágenes laterales de San Fidel de Sigmaringa y San Félix de Cantalicio. De la bóveda del presbiterio y de los arcos torales de la cúpula penden cuatro grandes arañas, mas otras diez repartidas por la nave central, todas con bujías de porcelana blanca é iluminadas con luz eléctrica, que con los arbotantes de las arcadas y naves laterales hacen un total de 325 lámparas eléctricas.

El total de gastos, con los pagos que aún quedan por hacer, pasa de 35,000 pesos, suma muy pequeña si se compara con el trabajo realizado.

El 25 de Febrero, bendecida la iglesia, se cantó solemnísima Misa de acción de gracias, y el reverendísimo señor Arzobispo se dignó dirigir la palabra al numeroso auditorio, dando gracias á todos los que con sus limosnas habían contribuido á erigir el templo tan hermoso que tenía la dicha de bendecir.

Al siguiente día, 26, comenzó un solemnísimo novenario á la Virgen de Lourdes, que terminó el 6 de Marzo, celebrando el Rmo. Sr. Arzobispo, Mons. Harty, la Misa de Comunión general, distribuyendo en ella 1,111 Comuniones. Se contaron 4,253 personas, que se acercaron á la Sagrada Mesa en este último día en las distintas Misas que se celebraron en la nueva iglesia.

Por la tarde el desfile del besapiés comenzó á las siete de la noche, y era cerca de las once cuando acabó aquella romería, calculándose en unas 7,000 personas las que depositaron en aquellas divinas plantas de María Inmaculada el homenaje de su fervorosa y filial devoción.



CONGO BELGA.— EN CAMINO PARA UNA NUEVA FUNDACIÓN.—Reproducción directa de fotografía.

ALGO SOBRE COSTUMBRES CHINAS

(Continuación)

HUELGA decir que la mayor parte de las novias lloran por ceremonia, pero también hay quienes lo hacen muy de veras, entusiasmándose tanto que llegan á perder el sentido. Colocada la novia en el centro de la sala sobre un cubo de medir arroz vuelto boca abajo, y mirando ella al altar en que se rinde culto á los antepasados, en unos lugares la novia y en otros un pariente suyo arrojan al suelo un atado de palillos de comer morisqueta y un puñado de *los cinco cereales*, á saber: arroz, maíz, dos clases de habas y té. Terminada esta ceremonia, que dicen es para despedirse de los progenitores, el mismo que antes la trajo á espaldas, vuelve á cargar con ella hasta la litera, ante cuya puerta gira sobre sí propio tres vueltas y media á fin de que no se maree en el trayecto la novia, colocándola dentro de la silla y cerrando la puerta para no volver á abrirla hasta llegar á casa del novio. Durante el camino va acompañada de música y salvas de trabuco, haciéndole los honores el casamentero, una pareja ó dos de jóvenes parientas suyas y demás deudos varones. Como aquel día es el más trascendental de su vida, tiene derecho á que le ceda el paso cualquiera clase de gentes, aunque sea el mandarín más encopetado; la dificultad está cuando se encuentran dos sillas, porque ninguna quiere ceder á la otra, llevándose la preferencia aquella cuyos cargadores sean más forzudos y el acompañamiento más numeroso, pues entonces la cuestión se dirime á puñetazos.

Poco antes de llegar á casa de los suegros, se adelantan á la silla dos acompañantes, dirígense vía recta á la sala donde están esperando dos maestros de ceremonias, y saludando aquéllos á éstos sin decir palabra con sola una inclinación de cuerpo, se vuelven á par de la litera: á esta ceremonia llaman entregar la novia á

los suegros. Fuera de la puerta de casa está esperando un *Tao se* que llegue la litera para echar, como si dijéramos, los exorcismos sobre los manes de los progenitores de la novia para que no la acompañen á casa del novio. A fin de no despedirlos tan impolíticamente, el *Tao-se* les tiene dispuesto un convitillo en miniatura, brindándoles con un trozo de carne, dos tazas pequeñas de vino, otras tantas de té y morisqueta. Al pasar la silla, corta el pescuezo á un gallo arrojándolo en tierra; si revolotea hacia casa, señal es de que con la novia vienen muchos infortunios; y si hacia fuera, muchas felicidades. Los cargadores colocan la silla en la acera de casa frente á la sala, en donde espera la madrina que sale á la puerta de la litera y conduce á la novia por la mano para que se arrodille sobre una alfombra, en el centro de la sala, frente al altar de los antepasados. Desde que se *abrió la cara*, ó sea desde que se hizo el moño y arrancó el vello de la faz, no se deja ver de nadie por miedo á que le salga alguna erupción, permaneciendo continuamente cubierta con un pañuelo: al entrar en casa de los suegros se esconden todas las mujeres parientes suyas políticas para no verla, porque dicen es de mal agüero topar con la cara *encendida* de la novia. Como se ha dicho, tiene velada la faz, viste sobretodo encarnado y saya del mismo color ú otro diferente: vestido de toda etiqueta con un par de ramos de flores espetados á cada lado del gorro; la está esperando de pie el novio, acompañado de un padrino y dos maestros de ceremonias.

Antes de describir las que constituyen el matrimonio, voy á decir dos palabras de las practicadas por el novio el día anterior por la tarde. Adornada la sala central con muchos faroles y colgaduras, dispuesta una mesa ante el altar de los progenitores y en presencia de

los deudos del novio, sale éste en compañía de su padre y un padrino, y entonces dos maestros de ceremonias en voz alta, pausada y retorneada, cantan lo que sigue.—Empieza la ceremonia. Que toque la orquesta. Póngase el novio el gorro (una pieza de tela encarnada en forma de banda y flores en aquél). Arrodílese cuatro veces.—Se entregan á los maestros tres copas de vino, seis clases de comida, tres tacitas de arroz y tres pares de palillos para que lo ofrezca todo á los antepasados: terminada la oferta vuelven á mandarle que se arrodille otras cuatro veces. Después uno de los maestros lee la proclama de los progenitores, que en substancia dice: «En el año tantos del Emperador tal, en tal mes, día y hora se casa Fulano con Fulana, poniendo por testigos á los progenitores: Tú, novio, de ellos has recibido el ser y ellos te protegerán con singular cariño: vive agradecido á tan particulares beneficios, etcé-

tera, etc.» Terminado de leer este documento, es quemado por el mismo que lo leyó al pie del altar de los antepasados. El superintendente de la función dice al novio que ha dejado ya de ser chiquillo para tomar estado y que es necesario que salude uno por uno, postrándose en tierra; á todos los deudos presentes más antiguos que él, llamándoles antes por el nombre de parentesco: obedece puntualmente, correspondiendo los saludados con darle la enhorabuena y regalarle cada cual, si los posibles se lo permiten, una pieza de tela encarnada que se ciñe á modo de banda. Luego se sientan al convite, ocupando los lugares preferentes el casamentero y el novio, levantándose más alegres y no tan en sus cabales como fuera de desear; pero, como ese día es único en la vida, se permite todo eso y aún mucho más rumbo.

(Continuará).

INFORME SOBRE LA CATEQUIZACION DE LOS INDIOS KARIBES DE LA COSTA DE SAN BLAS Y DEL RÍO BAYANO EN LA REPÚBLICA DE PANAMA

Los barceloneses recordarán las conmovedoras Conferencias que en nuestra ciudad dió, hace un par de años, el celosísimo é infatigable misionero jesuita P. Leonardo Gassó, apóstol del Panamá. Entonces recabamos de este Padre la oferta de escribir algo para *Las Misiones Católicas*. La cumple hoy remitiéndonos el siguiente informe que evidencia cuánto ha hecho para llevar á Cristo aquellos pueblos infieles, y como el Señor ha bendecido y bendice sus constantes esfuerzos:



CCEDIENDO á la invitación del señor Secretario de Gobierno y Justicia, D. Ramón Valdés, de que mostrase al público lo que la República de Panamá ha hecho por la catequización y adelanto de los indios moradores en los bosques é islas orientales y el fruto que se ha conseguido, necesario será mostrar cuál era el estado y comportamiento de los habitantes de esos territorios para que se pueda apreciar el grado de adelanto que han alcanzado en tan corto espacio de tiempo, relativamente á la magnitud de la empresa.

Omitiré hablar sobre la trágica escena en que, víctimas de las iras de los indios, perecieron casi todos los soldados que entraron años atrás á aquellos bosques para conquistarlos, triunfos que aún hoy cuentan con fruición los indios vencedores. Sólo me fijaré en lo que hasta hace poco pasaba á los comerciantillos que á sus costas arribaban. Era común que cuando no les acomodaba á los indios el precio que traían los vendedores, ó no caían éstos en gracia por cualquier otra circunstancia, los indios ó les despedían de sus mares, y era el modo más suave de echarlos, ó les izaban las velas aunque el tiempo estuviera malo y peligroso en mares tan quebrados, ó les quitaban el gobernalle, ó las cuerdas necesarias, ó el áncora, ó entablaban una desigual y reñida pelea en que el extranjero ó *huaka* solía llevar la peor parte.

Cuando no se alteraba la paz, el vendedor tenía que estar todo el día sobre el barco, sin serle permitido saltar á tierra. Cuando ya esto último se empezó á con-

seguir, al caer el sol le obligaban á volver á su barco. Llegó el odio de raza á tal punto, me contó un comerciantillo testigo, que celebraron los indios una junta para ver qué deberían hacer si los panameños ó colombianos por ambos extremos intentaran entrar á sus tierras. Cada uno dijo su dictamen, pero el que predominó fué el de uno que, imponiéndose, dijo: «Entiendo que puesto que los *huakas* (así llaman á los no indios) sólo vienen por coger nuestras mujeres, cuando traten de entrar matamos á mujeres y niñas, y asunto concluido, pues ya no tendrán motivo de entrar á nuestras tierras.» Quedaron todos satisfechos de la solución. Ahí hubiera parado el asunto si el cacique Carlos no les hubiera hecho ver la barbaridad de matar á esas pobres, y que así se acababa su raza, y no les hubiera enderezado su rumbo felicísimamente.

En efecto, Dios tenía escogido á ese hombre providencial para remediar tal estado de cosas. Avistóse con el Dr. Amador Guerrero á raíz de la dicha asamblea indiana. El primer magistrado á su vez avistóse con el ilustrísimo señor Obispo, á tiempo que me hospedé, de paso para el mar del Sur, en casa de Su Señoría Ilustrísima.

En la premura de tiempo y falta de personal, y para aprovechar la buena disposición de los indios, me invitó á esta empresa el señor Obispo, quien desde luego quiso encargarse de allanar todas las dificultades que opuse, y sin demora me presentó al señor Presidente, y éste dispuso se fletase el vaporcito *La Fayette*, que me llevó con mil percances á San Blas, y en los viajes siguientes una gasolina, como hoy se hace.

Corrí al principio la suerte que habían corrido los comerciantillos. No fuí recibido en la isla donde me llevaron, y ni me dejaron apaar. Pasé á la otra isla de Narganá, donde estaba el elegido de Dios, y dijo: «Gracias á Dios, Padre, que vienes. Hace años que yo deseaba encontrarme con un Padre católico, porque quiero ser hijo de Dios. Mi casa será tu casa, tú nos enseñarás para que dejemos este estado de barbarie

en que vivimos.» Había Carlos conseguido veinte muchachos para que se educaran en Panamá, los cuales fueron confiados, á expensas del Gobierno, á los Hermanos de la Doctrina Cristiana, quienes desplegaron todo su celo mientras les tuvieron cumpliendo su cometido.

A pesar de entrada tan consoladora, los comerciantes que supieron me había quedado en tierra me tuvieron por muerto, y algunos así me anunciaron. No pocas dificultades hubo en las sucesivas entradas. Pero al fin Dios ha querido que el trabajo se haya trocado en fruto. ¿Cómo se logró esta transformación? Paulatinamente, pues nada violento dura, y el árbol plantado no da fruto de repente. Fueron convenciéndose los indios que yo no buscaba ni sus cosas ni sus mujeres, y entonces me fueron oyendo los pueblos vecinos. Enemigos sólo son hoy, y *nótese bien*, los que aún no nos conocen, porque aún no les he podido hablar, y esos ya se hubieran dado si por falta de mutua inteligencia, inconscientemente, no se les hubiera desviado. Tanto importa en esta empresa que haya unidad de acción y pureza de miras, si se quiere abreviar el trabajo y que se corone con éxito feliz.

En efecto, en los cortos intervalos que, para no serles molesto, en año y medio fuí visitando á los indios, se entregaron tres pueblos: San José de Narganá, el Sagrado Corazón y San Ignacio de Tupile.

Iba viento en popa la catequización, cuando vinieron sobre los tupiles unos cincuenta bárbaros, oriundos y entresacados de los pueblos más remontados, en hora en que sólo había en el pueblo unas pocas mujeres en Tupile, y robaron varias casas y deshicieron la casita en que yo días antes me había alojado. ¿A qué obedecía eso? A que estas gentes en una de sus leyes tienen que los indios todos han de ser iguales y sin dinero; y como estos tupiles habían empezado á poner sus tien-

decitas de abarrotos, contra su modo de ser, que prohíbe ese comercio, y yo inconscientemente había recibido alojamiento en una de esas tiendecitas, para igualar á los tupiles, los más aferrados á su incomunicación, tomaron aquello por motivo, y les robaron y se repartieron cuanto por las casas encontraron, y desclavaron la chocita en que me alojé porque era de tablas y no conforme á su modo de construcción, y dijeron en el pueblo que no volvieran á traer Padre, porque sino entrarían tras él blancos y negros.

El Gobierno, sabido ese ataque, dispuso una expedición en favor de los agredidos, que pidieron su auxilio. Alquilóse el barco *Heraldo*, que junto con la gasolina *Alfonso XIII* llevaron la expedición.

Aprovechando esa ocasión fundóse el pueblo de Puerto Abadía, cerca de Cabo Tiburones. Dejando toda esa relación á quien sobre este punto quiera informar, pasaré á lo que propiamente toca á mi campo de catequización.

Pasada la expedición, y viendo que los monteses persistían en lo comenzado en Tupiles, pensaron los Narganás que, estando Panamá tan lejos para pedir auxilio en caso necesario, lo más práctico y honroso para Panamá sería hacerse ellos fuertes como soldados de Panamá. Verdadero triunfo de la civilización importada: pidieron al Gobierno que les proporcionara armas. Acertado estuvo el Gobierno accediendo á sus deseos, porque con eso se ganó las simpatías de los pueblos fieles, numerosos adictos, excusó gastos de expediciones y consiguió amistosamente lo que por armas quizá no hubiera logrado. En efecto, mandó sólo seis fusiles, que la fama convirtió en seiscientos, armándose con eso los Narganás, y acobardándose los monteses, quienes determinaron considerar ya á los de la jurisdicción de Narganá como desmembrados de ellos.

LOS JESUITAS EN LAS FILIPINAS



Los seis ó siete millones de católicos que habitan las dos mil islas que forman el archipiélago filipino, son sin duda la joya más preciosa ganada por la Iglesia en los tiempos modernos.

Es el único ejemplo en estos últimos siglos de un pueblo ganado al Evangelio en su casi totalidad.

La historia de este glorioso triunfo llena muchas páginas de los anales de los Agustinos, de los Franciscanos, de los Dominicos y de otros frailes «holgazanes.»

En Diciembre pasado el *Cable-News American*, de Manila, publicó una interesante reseña acerca de los trabajos apostólicos de los Jesuitas en las islas. En 1581 el primer Obispo de las Filipinas, el dominico Salazar, se embarcó en México para Manila con cuatro Jesuitas. Uno de ellos, hermano del gran teólogo Suárez, murió en la travesía. Entre los tres que quedaban se hallaba Antonio Sedeño, que en su juventud había sido soldado bajo el Duque de Frías. Este soldado misionero hizo mucho para cristianizar y civilizar á los filipinos.

El mismo puso mano á la obra y enseñó á los nati-

vos con su ejemplo el arte de labrar la piedra, hacer cal y mezclar la argamasa. El fué quien construyó la primera casa de piedra en la ciudad de Manila, una residencia para el señor Obispo. Los antiguos cronistas le dan el título de Arquitecto de la ciudad de Manila, porque el ejemplo que dió en erigir edificios sólidos fué pronto seguido por otros. Sedeño dirigió la construcción de la primera fortaleza de Manila. Viendo que los filipinos tenían un gran talento imitativo, hizo venir algunas familias de China para que les enseñasen sus artes y oficios. Importó semillas, plantó moreras y enseñó á los nativos el arte de hilar la seda. Abrió la primera escuela en Filipinas, y fundó colegios en Manila y en Cebú. Murió después de catorce años de trabajos heroicos. En 1601 los Jesuitas abrieron la primera Universidad filipina, á la cual Gregorio XV dió en 1623 el poder de conferir grados en Filosofía y Teología.

En nuestros tiempos, ¿quién podrá calcular el número de vidas humanas y el valor de mercancías y propiedades salvadas por el descubrimiento que el P. Faura, del Observatorio de Manila, hizo de las leyes que go-

biernan la aparición y curso de los terribles baguños ó huracanes que causan tantos destrozos por mar y por tierra en aquellas regiones?

Entre 1879 y 1882 el P. Faura predijo la existencia y la posición verdadera de cincuenta y tres baguños, de manera que la gente de tierra y de mar tuvo tiempo de ponerse en salvo. Pero el Padre hizo más: inventó un barómetro, que lleva su nombre, para descubrir la llegada de aquellas tempestades que hasta entonces habían sido un misterio y una fuente de terror para todos

los que navegaban aquellos mares, no menos que para los habitantes de las islas.

Y algunos capitanes de buques que, persuadidos de la «ignorancia de los frailes,» no hicieron caso de las predicciones que les enviaban los Jesuitas del Observatorio de Manila, lo pagaron caro. En algunos casos las pérdidas subieron á millones de pesos.

Los Jesuitas que ahora dirigen dicho Observatorio, son considerados como empleados del Gobierno de los Estados Unidos y retribuidos por él.

ECUADOR.—VALIOSA AYUDA PARA LA ETNOGRAFÍA DE LOS JÍBAROS



Naturalista tan ilustre como el cav. dott. Enrique Festa, del Museo Zoológico de la R. Universidad de Turín, acaba de publicar en un espléndido volumen el diario de los viajes científicos realizados hace algunos años con éxito felicísimo por

el Darién y el Ecuador. En dicha obra encontramos páginas interesantes para la historia de las Misiones y para la etnografía de las tribus del Ecuador (1).

«JÍBAROS»

RETRATO — VESTIDO — ORNAMENTOS

Los Jíbaros (2) son de estatura más bien baja, pero de cuerpo rechoncho y bellas formas. Su aspecto es agradable, aunque su mirada fiera y dura revela su índole salvaje y feroz. El color de su piel fluctúa entre el rojo cobrizo y el moreno claro.

Cuando hablan con los blancos emplean una especie de jerga española en que se suprime la conjugación de los verbos y sólo usan el gerundio.

La primera pregunta que hacen al extranjero es si trae regalos y en qué consisten éstos. Creen estos salvajes que todo el que no sea de su país está obligado á obsequiarles con abundantes regalos. Tienen modales bruscos y son en extremo curiosos; todo lo quieren tocar, y si les dejáis hacer, os lo revuelven todo.

El vestido de los hombres consiste en un pedazo de tela de algodón llamado *itipi*, de 0'70 m. de ancho y 1'50 m. de largo aproximadamente, que se ajustan á la cintura, y baja hasta las rodillas sostenido por un ceñidor formado de cabellos humanos. El ceñidor debe hacerse con cabellos de algún enemigo muerto, pero á falta de éste, pueden servir los del mismo propietario. El *itipi* es bastante fuerte y está tejido y teñido en listas rojas y negras por los mismos *Jíbaros*.

Los hombres se adornan con collares formados de semillas coloreadas diversamente, de conchas, de abalo-

rios y de dientes de monos ó de carnívoros. Llevan á manera de tahalí largas sartas de semillas blancas y rojas. Se adornan además la cabeza con coronas hechas con plumas de varios colores, colocadas en una urdimbre de fibras leñosas sutiles. Se dejan crecer mucho los cabellos, que son negros, gruesos y lisos y los dividen en tres trenzas: dos pequeñas á los lados de la cabeza y una grande que les cae á lo largo de la espalda, atadas con cintas de algodón. Añaden á las trenzas pequeñas, mechones de plumas de Tucán, y cuelgan de la grande el *Tajuconcha*, voluminoso ornamento formado con los huesos de las alas de una especie de caprimúlgidos (*Sleatornis caripensis*, Humboldt), enriquecido con plumas y despojos de pajaritos de brillantes colores.

Tanto los hombres como las mujeres tienen horadado el lóbulo de las orejas y llevan en él una varilla de cerca de 26 cm. de largo por 12 mm. de diámetro, labrada en un tallo de *Gyncrium*, del cual suspenden anzuelos, agujas, etc., etc., y pendientes confeccionados con élitros de coleópteros de colores metálicos.

Los hombres llevan al costado una bolsa de mallas, llamada *huambaschi*, en la cual colocan cuchillos, el pedernal, el eslabón y los anzuelos, un vasito que contiene la pasta de *achote* que emplean en pintarse la cara y un centenar de otras cosillas. Acostumbran pintarse el rostro á puntos y líneas de color rojo y negro. Muchos se embadurnan pecho y brazos con extraños dibujos.

Las mujeres visten el *tarachi*, especie de camisa ó manto de algodón de color obscuro que les cubre el cuerpo casi por completo, hasta las rodillas. Se adornan con collares y brazaletes de conchas, semillas y abalorios. En los días de fiesta llevan un cinturón bastante curioso formado por una faja de tela de la cual están suspendidas gran número de cintas que sujetan pedazos de conchas (*Bulimus*) y frutos secos, que chocando unos contra otros hacen un ruido semejante al de las sonajas. Algunas, además de las orejas, se han atravesado el labio inferior por donde hacen pasar una varilla de hueso. Cada mujer cuando sale de casa lleva la *chinguina* (banasta) de que se sirve para transportar mercancías y vituallas para sí y el marido, su señor y dueño.

Los niños hasta la edad de diez ó doce años van casi siempre desnudos, mientras que las niñas, aún las que están en la lactancia, van cubiertas con los *tarchis...*

(Continuará).

(1) Dr. E. Festa: Del Darien e nell'Equatore: *Diario di un viaggio di un naturalista*. Torino, 1909. Unione Tip. Editrice.

Todavía están en estudio algunos notabilísimos tipos de los muchos que ha traído el Sr. Festa, á pesar de la ayuda que han prestado ilustres zoólogos; con todo es importantísimo el caudal aportado á la ciencia por el citado naturalista. Sin hablar de la nueva familia hallada entre sus ejemplares del tipo *Diplópodos* (Miriápodos), son muchos los géneros y en grandísimo número las especies completamente nuevas, sin contar las variedades, que ha recogido el eximio naturalista.

(2) En su idioma se llaman *Shuara*.

VARIEDADES

NDIAMBÁ



os misioneros del Espíritu Santo, que convierten tantos negros en África, también han llegado á ejercer su influencia sobre uno de los terribles elefantes africanos cuya raza es considerada indomesticable.

Ndiamba, así se llama nuestro protagonista, reside en la Misión de Huilla (Angola); es el verdadero Ndiamba, ya que el nombre de este terrible civilizado es el que dan en la región á todos sus semejantes.

Ndiamba es un gran huérfano, el cual fué comprado por el P. Antúñez á un boer que lo había capturado á la edad de tres ó cuatro meses, cuando mataron á su madre en una cacería. En vista de su pequeñez le dejaron andar libremente por la Misión, conocía todas las interioridades del santuario; se divertía divirtiéndose á los demás, é iba creciendo, usando de una alimentación compuesta de leche y harina, la cual era muy conveniente á su tierno estómago.

Le gustaban los gatos, confiando en ellos: pero uno de éstos, habíale arañado un día, escapando después de tal hazaña. Nuestro Ndiamba no le persiguió por los tejados, á pesar de lo cual propúsose vengarse; y un día que el gato pasaba descuidado, fué lanzado en los aires á tanta altura, que tuvo las costillas rotas y no volvió á arañar más, y no le valieron las siete vidas.

Uno de los más hermosos perros de la Misión, que ladraba cerca de él, tuvo la misma suerte; pero uno pequeñísimo, llamado Chocolate, ganó su cariño. El muy grande tiene propensión hacia los muy pequeños. Chocolate saltaba sobre su espalda, le mordía las orejas, brincaba delante de sus narices. En cuanto á las liebres, Ndiamba abría él mismo sus madrigueras para ver á las jóvenes correr, excitando él mismo á las tímidas escondidas en los rincones.

En las tinieblas, nuestro elefante olvida su sabiduría, y al ponerse el sol es menester encadenarle, sin lo cual el atrevido paquidermo llama á todas las puertas, derriba las mesas y despierta á todo bicho viviente.

Hasta de día, cuando comprende que no le vigilan, el alumno de los Padres hace de las suyas. Se aprovecha del momento en el cual están todos en la iglesia, para entrar en las habitaciones, anda en los dormitorios de los niños, en donde revuelve camas y mantas, vierte el agua de los lavabos (aunque sin romper nada), etc., hasta que llega un niño que le castiga con una escoba. Eso le contenta mucho.

He aquí lo que contó un misionero testigo del hecho:

Un día le entraron las ganas de comer miel, y como sabía que había en la habitación del Hermano encargado de cuidarle y al cual tenía costumbre de visitar á menudo, como la puerta no se abría, él mismo la abrió; con su trompa toma muy tranquilamente la pequeña lata de miel, y se marchó muy ufano de su hazaña; el Hermano se quedó maravillado y sin fuerzas al ver tanto atrevimiento, *audaces fortuna juvat*.

Un día, sin embargo, su gula pudo costarle cara; habiendo visto una caja de albayalde, le apeteció éste y se lo comió. El día siguiente estaba muy enfermo, por lo cual hubo de administrarle una medicina proporcionada á su fuerza. Algunos días después, el imprudente estaba curado, pero desde aquella fecha ha renunciado al gusto de comer pintura.

Con la edad el apetito de Ndiamba llegó á ser exagerado. Saltando por encima de las vallas ó derribándolas con la cabeza entraba en los campos de maíz haciendo grandes estragos.

Fué menester poner fin á esta vida de francachela empleando medios coercitivos y cumplir con el precepto del Evangelio: castigar á los que yerran; de lo cual fué encargado el Hermano que le daba la comida.

¡Cosa admirable! Ndiamba demostraba una tal mansedumbre hasta delante de los castigos merecidos, que hasta los corazones más duros se hubiesen enternecido.

No guardaba rencor al Hermano; poco después acariciaba á éste con la cabeza; con su trompa le tocaba la barba, la nariz, las orejas dejándole suspenderse á sus colmillos.

Ndiamba es muy limpio, le gusta tomar su baño todas las mañanas, para lo cual le conceden media hora. Algunas veces, cuando hay mucho trabajo, el niño que le conduce quiere llamarle después de algunos minutos, pero todo es inútil. Quédase allí siempre su media hora, considerando que su baño es demasiado higiénico para que él acorte su duración.

Ahora es un animal civilizado.

Hasta tal punto civilizado, que los viajeros europeos le enseñan á saludar y otras cosas más como si fuera un elefante educado en Europa. Llega á introducir familiarmente su trompa en los bolsillos para tomar lo que es más de su agrado.

A los chuscos contesta con bromas. Un oficial del servicio del gobernador de Angola, que se hospeda en la Misión, quiso divertirse á expensas de Ndiamba. Después de haberle colmado de golosinas le ocurrió tirarle á la cabeza un cubo de agua, para refrescarle, decía; pues hacía mucho calor.

Ofendido en su dignidad, el elefante miró durante algunos momentos á mi hombre y su cubo, después de lo cual se fué á llenar de agua su trompa.

El oficial, comprendiendo el juego, huyó, procurando esconderse detrás de los árboles; pero el elefante no le dejó, y después de algunos minutos pudo propinarle una ducha; después de todo, bien merecido se lo tenía.

Cuando la broma pasa los límites, se enfada. En un caso hubiera podido tener fatales consecuencias, y aun el paquidermo se encontraba en caso de legítima defensa: un día, un negro tuvo la ocurrencia de hundir su lanza en el costado del animal para darse cuenta del grado de resistencia de la piel de un elefante. Ndiamba, encontrando el procedimiento poco cristiano, levan-

tó al desgraciado en el aire, le tiró al suelo y con sus patas delanteras se preparaba á aplastarle, cuando la intervención del Hermano salvó al imprudente. Ndiamba se tranquilizó, pareciendo decir: «Por esta vez pase, pero ojo con la segunda.»

Aunque el buen animal divierte por su índole, no es con este fin que los misioneros lo han adquirido. Querían enseñarle toda clase de trabajos y hacer de él un auxiliar precioso para la Misión. Lo cual han alcanzado, aunque no sin dificultad. La paciencia de sus profesores realizó honda transformación en su instinto salvaje, el cual recibió nociones de obediencia; el hijo de los indomables africanos se ha dejado montar é instalarse sobre sus anchas espaldas, para que el jinete recorra largas distancias á costa de sus largas patas; ha consentido arrastrar un carro que iba cargado hasta más no poder; por fin, cuando faltan brazos para la tierra se le hace labrador, pero la primera vez, el ruido del hierro le produjo el mismo efecto que á un perro, á quien cuelgan una cazuela ó un caldero; gritó, y volviéndose destruyó el arado.

Hoy es un modelo de laboriosidad y orden; y he aquí una última muestra que bien podían tomar como lección los ordinarios quebrantadores del día festivo. El sabe contar los días de la semana y no equivoca nunca. El domingo, desde el amanecer, da gritos de impaciencia para que le quiten la cadena, ya que sabe que es día de descanso. Llevando una esquila, se pasea libremente por el bosque. Los negros de los alrededores que le conocen le dejan andar libremente.

Al anochecer vuelve por sí mismo para que le pongan la cadena y reanudar alegremente el trabajo el día siguiente.

Los servicios que presta á los misioneros compensan los gastos y cuidados necesitados por su educación, ya que él solo hace el trabajo de treinta hombres.

Un elefante de las Indias vale de 2,500 á 3,000 francos, pero un elefante africano no cuesta menos de 7,500 francos; mientras que una locomotora de hierro mucho menos perfecta que el cuerpo de un animal cuesta más de 70,000 francos.

BIBLIOGRAFIA

Jesús bueno, ó de la confianza en Jesucristo, por el P. Alejandro Gallerani, de la Compañía de Jesús, traducción primera al castellano por el P. Esteban Moreu, de la misma Compañía. Breves páginas pero deliciosas, y que por lo mismo dejan en el lector la pena de que *saben á poco*, como decirse suele. Es su objeto indicar los motivos que todo cristiano debe tener de confianza en Cristo Dios. Mucho se ha escrito en nuestros antiguos autores sobre esta materia, que es fundamental en la vida cristiana, siendo en ella igualmente reprobables la desconfiada susceptibilidad y la temeraria presunción, pero no recordamos que en otro libro alguno se haya tratado tan de propósito esta materia ni con tal extensión y copia de razones para llevar el consuelo á las almas atribuladas. Hace conocer á Jesucristo y enseña, diríamos, á fiarse de El, y á descansar en El, no con la perniciosa pasividad protestante, sino con el filial abandono de quien deseando en todo servir á Dios y trabajar en su salvación, sabe que por su Divina Majestad han de serle agradecidos y recompensados muy superabundantemente los más insignificantes servicios, hasta el de un vaso de agua dada en su Nombre. Llevará la santa paz y la cristiana confianza á muchas almas la lectura de estas consoladoras páginas, en que se desenvuelve doctrina siempre rigurosamente teológica, en estilo el más propio para ser comprendida. La traducción es de buen sabor literario como pocas. Léanlo los sacerdotes y prediquenlo: léanlo los jóvenes, los hombres y las mujeres, los ricos y los pobres, que todos aprenderán en estas breves páginas de oro á amar con amor de hijos, á Jesús, que es el más amoroso de los padres. Dieciséis ediciones se han vendido en poco tiempo en Italia, igual éxito debería lograr en España: y sería grande el bien que *Jesús bueno* haría á las almas.

Lo ha editado esta Tipografía Católica, y en ella se vende al precio de 1'50 ptas. en rústica y 2 en tela.

Memorias de un Misionero, por el R. P. Fr. Manuel Trigo, O. F. M., Misionero Apostólico; con un Prólogo del reverendo P. Fr. Samuel Eiján, O. F. M., ex-discreto de Tierra Santa. Contiene: *Mi viaje á la Armenia. — Usos y costumbres de aquel país. — Misiones Franciscanas en Tierra Santa y sus vicisitudes durante las revueltas de 1895 á 1909. — Breve reseña de la persecución turco-cristiana de aquellos años en las dos provincias de la Siria, Alepo y Adana. — Episodios y sucesos extraordinarios.*

Difícilmente se encontrará un libro tan ameno, instructivo é interesante como el que anunciamos. Léida la primera página, hácese ya imposible renunciar á su lectura. De estilo

fluido, pintoresco, emocionante, las descripciones originalísimas de un país poco menos que hundido en la barbarie, adquieren bajo la pluma del P. Trigo un relieve soberanamente encantador, que comunica al libro el interés incitante de la novela, dentro del marco rigurosamente histórico de los sucesos que en el mismo van sucediéndose ante los ojos del lector, como animadas películas de cinematógrafo.

Leyendo *Memorias de un Misionero*, el espíritu menos observador se asombra ante los tesoros de abnegación de los Franciscanos que evangelizan la Armenia; asiste conmovido á las escenas incomparables de las primeras conversiones, y pasea sus miradas, á través de las lágrimas, por un campo vastísimo, ensangrentado con todos los refinamientos de una persecución sin entrañas, matizada con variadísimos episodios de legendario heroísmo por parte de las víctimas. Es, en suma, este libro uno de los mejores que puede excogitarse, al propio tiempo que como elemento de primer orden, para darse cuenta del estado religioso, político é industrial de la Turquía Asiática, como de lectura recreativa, de delicioso gusto literario, que provoca en el corazón sentimientos de honda ternura, en la mente sublimes ideas, y en los ojos tempestades de lágrimas.

A aumentar la viveza del relato, contribuyen superabundantemente las curiosas ilustraciones, reproducción directa de fotografías, diseminadas por el libro con verdadera y variadísima profusión.

Memorias de un Misionero, impreso en magnífico papel, con tipos modernos, y finísimas láminas tiradas aparte, forma un grueso tomo en 4.º mayor de XXIII-650 páginas. Puede adquirirse en la *Tipografía Católica*, de Barcelona (calle del Pino, n.º 5), ó bien en la Administración de *El Eco Franciscano*, de Santiago de Galicia, al precio de 7 pesetas en rústica y 8'50 en tela. Por correo certificado, 1 peseta más.

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S.	5 Ptas.
Rápita.—D. José Canerós, Pbro.	5 »
Vergara.—C. S. T.	25 »

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona